des: el carruaje que pasa, la nube que oscurece el sol, el viento que mueve la cortina, el reflejo de un espejo, un rumor lejano, y el lector mismo, olvidando todo lo demás, vive con el escritor en aquel momento y en aquel sitio y experimenta una gratísima impresión que no le deja nada que desear. Con esta facultad de realzar las cosas más pequeñas, y trabajando, como lo hace, con orden y paciencia, es insuperable en el arte de las gradaciones y en la manera de exponer, por medio de imperceptibles transiciones, la transformación lenta y completa de un carácter ó de un estado de cosas, de manera que el lector sigue adelante con él, sin echarlo de ver, paso á paso, y se admira profundamente cuando llega al fin y reconoce, volviendo la vista atrás, que ha hecho una inmensa jornada. El gran mérito de muchas novelas suyas estriba precisamente en esto. Sus novelas están hechas como una red finísima de pequeños episodios, de diálogos interrumpidos y descripciones repetidas en que cada palabra tiene su olor y su sabor y el escritor está en cada período. Es raro que se sufra una emoción fuerte é imprevista. Acaso sea la única en sus novelas la desoladora y sublime escena del "*Señor escuchad, pues*„ de Gervasia, cuando se ofrece á los transeuntes, moribunda de hambre, y cuando se harta llorando en presencia de Goujet. Casi siempre se sufre, al leer, una serie de sensaciones acres de placer, de pequeñas sacudidas y sorpresas que dejan incierto el ánimo; aquí una risotada, allá un escalofrío de disgusto, un poco de impaciencia, una gran admiración por una descripción de prodigiosa vida, una opresión de corazón al ver una llaga humana, despiadadamente desnuda, y un ligero estupor continuo de la primera á la última página, como si se estuviera viendo desplegar una serie de panoramas de un nuevo país. Son novelas que se beben, que se saborean gota á gota, como copitas de licor, y que dejan olor en el aliento y el paladar insensible á los dulces.

A esto contribuye, en gran parte, su estilo sólido, estrechamente ajustado al pensamiento lleno de ingeniosísimos artificios acertadamente escondidos de cierta manera uniforme, siempre obediente al escritor, imitando admirablemente los movimientos y los sonidos, resuelto y armónico, acompañado por el golpear cadencioso de un puño de hierro sobre la mesa, y en el cual se siente la respiración larga y tranquila de un hombre joven y vigoroso. Con efecto, la fuerza es la cualidad preeminente de Zola; tanto es así, que lo primero que dice el que quiera definirlo es: Un hombre potente. Cada una de sus novelas es un verdadero atrevimiento, un enorme peso que levanta y vuelve á ba-

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

jar lentamente, haciendo todo lo posible para ocultar que se esfuerza. Leída la última página, dan deseos de decir: "*¡Eh, qué puños!*" como los tres borrachos de *L'Assommoir* dijeron del marqués que había tendido en tierra tres mozos de cuerda.

Es verdaderamente extraña la aparición de este novelista en mangas de camisa, de voz dura, enseñando el velludo pecho, que todo lo dice á todos en plena plaza pública, sin avergonzarse; su impensada aparición entre la multitud de escritores vestidos de negro, bien educados, siempre con la sonrisa en los labios y que dicen mil obscenidades en forma decente en sus novelitas de color de rosa hechas para las alcobas y los bastidores. Este es su mayor mérito. Él lanzó al aire de un puntapié todos los frasquitos del tocador literario y lavó con un estropajo de esparto la cara pintarrachada de la verdad. Ha hecho la primera novela popular que tiene el verdadero «olor de pueblo.» Atacó á casi todas las clases sociales, azotando hasta hacer brotar la sangre las maliciosas mezquindades de las pequeñas poblaciones de provincia, las artimañas de los agiotistas de alto copete, la corrupción dorada, la intriga política, las luchas del sacerdote ambicioso, la cruel frialdad del egoísmo mercantil, el ocio, la glotonería y la lascivia, con tan poderoso brazo,

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

que á pesar de haberle precedido en este camino otros admirables escritores, parece que es él el primero, y los castigados sienten abrirse de nuevo las antiguas heridas con dolor jamás sufrido.

Ocupado en esta tarea, acaso traspasó alguna vez los límites del arte; pero abrió el arte nuevas luces por donde se ven nuevos horizontes y descubrió colores, golpes de cincel, matices, formas y medios de todas clases, de las que podrán sacar inmensas ventajas otros ingenios, aunque vayan por otro camino, hacia un fin enteramente contrario. No es de temer que de él tome origen una escuela exagerada y funesta, porque la facultad descriptiva, que es la dominante en él, no puede ir más lejos por el mismo camino, ni el culto de la verdad desnuda tiene sacerdote que le gane en fidelidad é intrepidez. Sus imitadores caerán miserablemente sobre sus huellas, extenuados, y él permanecerá solo donde llegó, en el último límite de su arte, de pie al borde de un precipicio donde caerá todo el que quiera traspasar los límites.

Sin embargo, no se puede pronunciar, por ahora, un juicio definitivo sobre él. No tiene mas que cuarenta y ocho años, está todavía en la fuerza de la vida de escritor y es fácil que se transforme engrandeciéndose. Es verdad que el callejón en que se ha metido es tan profun-

do, tan estrecho y tan pendiente, que no se comprende cómo podrá salir; pero no es menos cierto que lo intentará, y, si no lo consigue, presenciaremos por lo menos uno de aquellos poderosos esfuerzos, que dará por resultado una de esas obras maestras extraviadas, que no son menos dignas de admiración que los grandes triunfos.

*
* *

Su historia literaria es una de las más curiosas de nuestros tiempos. Sus primeros trabajos fueron los *Cuentos á Ninon*, que escribió á los veintidós años y no se publicaron hasta mucho tiempo después. Todavía se ve en ellos un Zola con una lágrima en los ojos y en los labios una sonrisa apenas turbada por ligera expresión de tristeza. Apenas se ocupa de estos cuentos y se enfurece contra los críticos que, sinceramente ó por malicia, los prefieren á sus novelas. A uno de ellos que le manifestó hace tiempo esta opinión, le contestó:

—«Doy á usted las gracias; pero si viene á mi casa podré enseñarle algunos ejercicios de estudiante, que aún le gustarán más.»

Sus primeras novelas fueron cuatro atrevidísimas, entre ellas *Teresa Raquin*, ahora un poco olvidadas y que fueron calificadas por un crítico de «literatura pútrida». Zola era ya hombre de medio cuerpo arriba. Las grandes facultades artísticas que había desplegado, pero que aún no estaban seguras, necesitaban desarrollarse en argumentos montruosos, que llamasen por sí solos la atención. Ya se veía en aquellas novelas á un escritor impertérrito que estaba resuelto á abrirse paso á codazos y tenía los codos de bronce. Una de estas novelas, *Magdalena Férat*, que gira sobre un hecho observado por el autor, una muchacha que abandonada por el hombre á quien ama se casa con otro, y tiene algunos años después un hijo que se parece á aquel hombre primero, le sugirió la idea de escribir la serie de novelas fisiológicas que tituló: *Historia natural y social de una familia bajo el segundo Imperio*, y desde el primer día se le ofreció á la imaginación todo el plan y trazó el árbol genealógico que después publicó en la *Página de amor*. Yo creía que esta sería una de tantas ostentaciones de un «vasto proyecto antiguo» con que los autores tratan de engrandecer ante el público el concepto de sus propias obras; pero los manuscritos que he tenido el honor de ver me desengañaron.

Hizo al principio la lista de los principales personajes de la familia de Rougon-Macquart y marcó á cada uno su camino, proponiéndose demostrar en todos ellos los efectos del origen, de la educación, del estado social, de los lugares, de las circunstancias y del tiempo. Las primeras novelas de este nuevo «*ciclo*» no obtuvieron mucho éxito. Los lingüistas, los estilistas y todos los que saborean los libros con paladar literario vieron allí vigor, encontraron belleza y presintieron cosas mejores, pero no sospecharon que debajo había un novelista de primer orden. Zola se irritó y arrojó entonces á París un guante de desafío, publicando la famosa *Curée* en que manifiesta la resolución de hacer ruido á toda costa; aquella espléndida y asquerosa saturnal de pillos de guante blanco, donde el menos vergonzoso de los amores es el amor de un hijastro y su madrastra, y la mujer más honesta una Celestina. La novela, con efecto, hizo ruido; se gritó hasta escandalizar, como se grita en París, por educación; pero el libro fué leído con avidez, y el exótico nombre de Zola sonó durante algún tiempo en todas partes. Pero no tuvo un éxito tal como él esperaba y deseaba, y aun fué más exiguo el de las novelas posteriores. La venta era escasa, el círculo de lectores reducido, y Zola que sentía en su interior la originalidad y la fuerza de un

novelista popular, se llenaba de despecho, pero no perdía el ánimo. «No estoy acostumbrado, escribía, á esperar una recompensa inmediata de mis trabajos. Hace diez años estoy publicando novelas sin dar oídos al ruido que hacen al caer en la multitud. Cuando haya un montón de ellas, los transeuntes se verán obligados á detenerse.» Sin embargo, su reputación iba aumentando aunque lentamente. En Rusia, donde se acogen con simpatía todas las novedades más atrevidas de la literatura francesa, era ya conocidísimo y tenido en grande estima. Pero no le bastaba esto. Necesitaba un éxito ruidoso y duradero, que lo elevase de un golpe, para siempre, sobre el nivel de los «escritores de talento,» que se saludan confidencialmente con la mano. Por fin salió con su intento en *L'Assommoir*.

Comenzó á publicarse como folletín en *Le Bien Public*; pero tuvieron que dejarlo á la mitad; tantas fueron las protestas que lanzaron los suscritores contra aquel *horror*. Entonces se publicó por completo en un periódico literario y, antes de estar terminado, comenzaron aquellas ardientes polémicas que lo fueron aún más después de la publicación del libro, y que se recordarán siempre como una de las más furiosas batallas literarias de los tiempos presentes. Estas polémicas dieron gran impulso al éxito de

la novela. Hacía bastantes años que no se había sentido tal ruido por causa de un libro. Durante largo tiempo no se habló en todo París más que de *L'Assommoir*; se oía discutirla en voz alta en los cafés, en los teatros, en los casinos, en los gabinetes de lectura y hasta en las tiendas; tenía admiradores fanáticos, pero eran bastantes más los acérrimos adversarios. La inaudita brutalidad de esta novela pareció una provocación, una bofetada á París, una calumnia contra el pueblo francés; y se llamaba al libro «basura que había que coger con tenazas,» un «aborto monstruoso,» una "acción que merecía galeras.» Se desencadenaron contra el autor todas las letanías de injurias desde la de enemigo de la patria á la de *lupanar literario*, cerdo escupido,... sin perífrasis.

Las revistas teatrales de fin del año lo representaban en el traje de un trapero que andaba recogiendo con el gancho todas las inmundicias por las calles de París. *Esto ya no era crítica,* decía Zola, *era un asesinato.* Se le negaba el ingenio, la originalidad, el estilo, hasta la gramática; había quien ni siquiera quería discutirlo; poco faltó para que se le provocase personalmente en la calle. Se hacían correr los dicharachos más extravagantes y odiosos acerca de su persona: era un saco de vicios, un semibruto, un hombre sin corazón como Lantier,

un borracho como Coupeau, un cochino como Bec-Salé, una figura asquerosa como el viejo Bezougue, el sacamuertos.

Pero entretanto, las ediciones se seguían unas á otras; las personas desapasionadas, de buen gusto, decían en voz baja que la novela era una obra maestra; el pueblo parisiense la leía con pasión, por que encontraba allí su *bulevar*, su *cantina,* su tienda, su vida inmejorable, pintada con colores y toques nuevos de pincel, frente á los que todos los demás parecían pálidos; y los más rabiosos críticos tuvieron que reconocer que en aquellas páginas tan controvertidas había alguna cosa contra la que se embotarían eternamente las puntas de sus dardos.

El gran éxito de *L'Assommoir* hizo que se buscasen sus demás novelas, y puede decirse que entonces fué cuando Zola se hizo célebre. Su verdadera celebridad no data mas que hace una docena de años. El mismo escribía poco há, á uno de sus admiradores de Italia: *Francia no me ha mimado. No hace mucho que se me saluda.* Su celebridad es muy singular. Un inmenso público le admira, pero con una admiración en que hay algo de temor y algo de desconfianza, mirándolo desde lejos como á un oso mal domesticado. «Tiene grande ingenio, no se puede negar; hay que resignarse, pues, á

decirlo y á dejarlo de decir.» Todavía es en París, el *león del día* y no tiene mas que un rival, Daudet, que no es, sin embargo, de su corte; pero se tratan con finura para no despertar sospechas. Zola, sin embargo, no se prevale de ello y parece que no se ocupa de su celebridad.

No se exhibe; vive oculto en su rincón, con su esposa, su madre y sus niños. Pocos le conocen de vista y es difícil encontrar un retrato suyo. No frecuenta la sociedad mas que cuando va á estudiarla, y se fastidia cuando no le guía este objeto: no va mas que á casa del editor Charpentier, que tiene una magnífica casa y da espléndidas fiestas, á las que también asistía Gambetta. No pertenece á sociedad alguna. No reside en París sino durante el invierno; en verano se retira al campo para escribir con tranquilidad. Antes vivía en el extremo de la calle de Clichy, sitio á propósito para estudiar el pueblo de *L'Assommoir;* ahora vive en la calle de Boulogne, donde vivía Ruffni, no lejos de casa de Sardou.

*
* *

Por medio de mi querido amigo Parodi tuve el honor de conocer á Zola y pasar con él algunas horas en su casa.

Es un joven de buena planta, *sólidamente construído*, como dicen los franceses; algo parecido, en la trabazón de los miembros, á Víctor Hugo; más grueso que delgado, no muy alto, derecho como una columna y muy pálido; su palidez parece todavía mayor, por lo negro de la barba y de los cabellos que tiene tiesos sobre la frente á manera de cepillo. Es curioso que todos los que ven el retrato de Zola, dicen: «Esta cara no me es desconocida.» Tiene cara redonda, la nariz audaz, los ojos oscuros y vivos que miran con expresión fiera y escrutadora, la cabeza de un pensador y el cuerpo de un atleta, las manos bien formadas y sanas, de aquellas que se estrechan y se tienen apretadas con placer. Me recordó á primera vista su Gueule-do'r, y me pareció muy capaz de hacer las mismas hazañas en el yunque.

Su gallarda conformación se descubría más con el traje que tenía puesto. Estaba en zapatillas, sin cuello ni corbata, con una chaqueta ancha y desabrochada que dejaba ver un tórax ancho y saliente, á propósito para romper las ondas de los odios y de las iras literarias. No le ví reirse en todo el tiempo que estuve con él.

Me recibió cortésmente, con cierta franqueza de soldado, sin las usuales fórmulas de la urbanidad. Apenas nos sentamos cogió en la mano un cuchillo de cortar papel, que figuraba un